

Naufragando en una pequeña taza de té

Jazmin Castro.

Sol es grande –pero no tan grande– más bien diría, una nena en frasco de mujer. Hace 5 meses que sus días se volvieron más monótonos de lo que eran. No tiene absolutamente nada para hacer(o para evitar a su peor enemigo; sus pensamientos). Tanto tiempo inútilmente transcurrido la enloquece. Sin embargo, cree disfrutar de tener la obligación de cumplir una cuarentena. Los sábados por la noche tiene fugaces satisfacciones, cuando no debe dar explicaciones, cuando se queda leyendo solitaria, en lugar de ir a fiestas como todas las chicas de su edad

Se levanta, fuma un cigarrillo, prepara un té y toma sus antidepresivos– o eso cree–, lo único que sabía con certeza era que esas pastillas hacían menos peores sus días.

Más tarde, obligada, sin preocuparse por su apariencia, toma su barbijo y partió cabizbaja hacia la zona comercial del barrio. Con el poco dinero que tiene, compra algo de comida, –que no va a comer–y un par de cajas de comprimidos que consigue a menudo con simples mentiras banales. Le enfurece tener que caminar todos los días pero más le irrita tener que discutir con Ana.

Ana, es joven pero no tan joven, suficientemente adulta como para no entender a su hija. Por momentos la preocupa, pero es demasiado superficial para escuchar a su niña pedir ayuda a gritos.

La muchacha repite el único hábito que le hace olvidar por unos minutos sus deseos incesantes de dormir. Toma otro té, otra pastilla, otro cigarro y vuelve a recostarse ignorando las permanentes protestas de su madre. ¿Acaso nadie nota que esta triste y cansada? Cuando iba a la escuela por lo menos Sandra se lo preguntaba, aunque no valía de nada... alguien le preguntaba– piensa mientras balbucea pequeños gritos reprimidos.

Durante la cena, la mujer hablaba por teléfono a una de sus tantas amigas. Como de costumbre la joven simulaba estudiar en su habitación evitando, otra vez, comer. A los minutos se adentra a la cocina a prepararse otro té, cuando escucha algo de la conversación:

– me tiene cansada. Siempre fue una chica rara, pero cada vez la comprendo menos. ¿Qué problema puede llegar a tener? ¡Si tiene todo lo que cualquier adolescente quiere!

– las pendejas son así Ana, desagradecidas, quejasas

Estos episodios eran frecuentes, así que Sol ya no se enfurecía al escucharlos. Ya no tenía fuerzas –ni interés– en llamar la atención de su madre. Se mostraba indiferente, pero en el fondo le angustiaba. Sabía que eran comentarios con algo de razón. Gozaba de todo lo que cualquier adolescente querría, ¿porque estaba triste? Al final era verdad, era quejosa y la culpable de todos los males de Ana –pensó, y de pronto, sintió que un sentimiento de tristeza la ahogaba.

La detestaba. Era su madre, pero eso no era suficiente motivo para amarla. Cotidianamente concluía; ¿No era acaso un mandato absurdo tener que amar a nuestros padres? Las circunstancias agravaban el problema, ya que debían estar encerradas en lo que hoy en día ya no era precisamente “hogar dulce hogar” sino literalmente una cárcel.

Horas después, reciben un mail de la escuela. La bibliotecaria, Sandra, la anciana de rostro gentil había fallecido. Hacia dos semanas le habían confirmado la tenencia de Covid-19, y debido a su edad, la enfermedad la consumió rápidamente.

– ¿Por qué siempre las cosas iban en mi contra? ¿Por qué a Sandra y no a mí? - exclamaba Sol en medio de uno de sus ataques de rabia

– No seas dramática, ¿Por qué no puedes ser una nena normal y dejar de llorar por cualquier cosa?– respondió su madre con evidente frialdad

Quizás tenía razón ¿Por qué no podía ser una nena normal? – se preguntaba para sus adentros

En esta soledad la situación empeoraba, ahora no estaba esa afable viejita que se preocupaba cuando pasaba horas en el baño del colegio bañada en llanto (cosa frecuente), o tal vez alguna de sus compañeras que por compromiso, ocasionalmente, le preguntaba cómo se sentía. Ahora estaba completamente aislada de cualquier afecto.

No encontraba razones por las que extender este sacrificio, todo había sido en vano. Había perdido completamente el interés en las personas, estaba sola, y aunque todavía pudiese estar en medio de una multitud... siempre había estado sola. Así seguiría.

Sentía que todo a su alrededor encubría una gran mentira. La gente parecía tan feliz, que justamente era eso lo que la lastimaba. Creía que las personas que la rodeaban también eran infelices, pero se engañaban. A su manera de ver, todo era tan frívolo.

Esa noche Sol abrió la ventana y miró hacia arriba. Solo por esa noche, quería ver algo y sentir que era real. Concluyó que era la noche perfecta.

La habitación estaba a oscuras, el ambiente se había tornado espeso debido al humo que brotaba de los cigarrillos. Una penumbra de luz descendía de la ventana. La imagen del cielo le provocaba una atracción tan irresistible que no lograba apartar sus tristes ojos. Allí había mucho más por descubrir que en la ciudad, tan grande y tan vacía al mismo tiempo. Donde las personas que la colmaban eran como estrellas, pequeñas e iguales. Había tantas, que resultaba indiferente que una desapareciera.

Con una tranquilidad imperfecta, tomó un té, y 4 comprimidos. Lo repitió una y otra vez hasta que entró en un estado de ensueño que le causaba mareos le faltaba el aliento, estaba pálida y las manos le temblaban.

Empezaba a ver el cielo distinto, a pesar de que todavía era consciente de que esto no era más que una ilusión equivoca, le bastaba con saber que –por un momento– podía sentir placer.

La luz tenue proveniente de las estrellas iluminaba el césped. Entonces se incorporó en su silla y bajo la vista, al observar que tímidas flores morían a causa del viento.

Y solo en ese momento entendió que por mucha culpa que sentía, no merecía ni nunca había merecido tanto dolor. Entendió que ella era una pequeña flor demasiado frágil para tolerar la fuerza y la presión que le significaba vivir. Pero explicarle esto a alguien sería inútil.

De repente, el recuerdo de Sandra apareció en su mente. De sus ojos que la miraban con la firmeza necesaria para hacerle sentir que penetraba hasta lo más hondo de sus pensamientos. Era la única capaz de entenderla. Con voz suave y cálida le repetía – *querida, aunque el sol te abrigue, no quiere decir que no tengas más frío, no te culpes tanto.*

Con esa imagen en mente, tomo un último té y un último comprimido

¿Qué más da?

Gabriela Carusso

Eso de estar en cuarentena me ensueña

me encierra en el centro de la flor en invierno

El silencio aturde más que el chamullo de los autos

Ufa, ¿qué día es?

¿Qué más da? si todos son iguales

Miércoles, llaves encaprichadas,

Jueves, horas en maratón

Viernes con gusto amargo

En sábado nació su gemelo

Domingo nació en sábado

Lunes, el reloj se quedó mudo

Martes y ¿qué día es?

Sale el sol, cae la lluvia, tengo frío, me falta el aire

¿En qué estábamos? Ah, en que me ensueño

Camino a la mesa y desfallece en lecho

El turno noche ingresa a trabajar

Listas de tareas se entremezclan con siete retoños

¿En qué día estamos?

Sábado..., no domingo, pero

¿Qué más da?

Todo pinta un mismo color

Entreabro los ojos ¿Qué pasó?

Ya las siete, tengo hambre.

Las rodillas me pesan y la cabeza se me rinde a un costado

¡Qué rico aroma a mate cocido! ¿No lo cree?

¡Ah! Me quemé,

debería haber esperado un ratito más,

¿Qué más da?

Un minuto más, un minuto menos,

por suerte no tienen nombre,

sino sería un caos exasperante.

Padezco de nuevo ¿Hay algo por hacer? Pues lo haré mañana, pero

¿Mañana no es hoy? ¿Hoy es ayer?

¿Qué más da? Mejor solo uso un pseudónimo

¿Le decimos horas pasadas y punto?

Sí, les digamos así, no tengo ganas de discutir

Tomaré un café para despegar los ojos,

hasta ensueñada no sé nada.

Camino a la cocina, le faltó azúcar... ahora está muy dulce.

Mejor lo tomo así nomás, pues

¿Qué más da?

Solo es un café, un café hecho almíbar.

Tengo sueño igual, me acuesto, pero no me ensueño.

Mmm ... ¿Qué hora es?

Ah cierto, cierto que

¿Qué más da?

Son las diez, hija

¡No! La hora no existe, todo es tiempo pasado

¿No eran horas pasadas? No, ahora les digo tiempo pasado, pues

¿Qué más da?

Es hora de ensueñarse, pero no tengo sueño

¿Será que ahora ya tampoco hay diferencia entre sueño y lucidez?

¿Qué más da?

Todo tiene gusto a cuarentena

Pero ... ¿qué era la cuarentena?

Gabriela Caruso